

LA INFORMACIÓN BIOGRÁFICA: SOBRE LA MEMORIA Y SUS REPRESENTACIONES

JOSÉ ANTONIO CORDÓN
*Facultad de Traducción y Documentación,
Universidad de Salamanca*

0. INTRODUCCIÓN

Los textos biográficos constituyen en la actualidad uno de los principales productos de consumo cultural, cuyo éxito resulta explicable por la curiosidad innata que alimenta la mente de la mayoría de la personas hacia sus conciudadanos, máxime si alguno de estos ha alcanzado algún grado de notoriedad. Una literatura con tales cotas de receptividad que, advierte Anna Caballé, estamos prontos a la saturación y a la bulimia¹. La producción de lo que podemos denominar como escrituras del yo, incluyendo tanto autobiografías como escritos autobiográficos², es multiforme y prolifica abarcando una extensa variedad de tipos tales como las *autobiografías*, centradas en la vida personal, *memorias* (los hechos externos pre-

¹ CABALLE, Anna. *Narcisos de tinta: ensayos sobre la literatura autobiográfica en lengua castellana (siglos XIX y XX)*. Málaga, Megazul, 1995, p. 66.

² Esta interesante distinción la formulan Del Prado, Bravo y Picazo considerando como diferentes los discursos sobre uno mismo, con referentes externos claros e identificables, y la instropección ontológica en la que el autor describe y descubre su yo en un continuo proceso de creación. Dicen estos autores: «...en tanto que la autobiografía stricto sensu...es un texto referencial, como la biografía o incluso como cualquier tratado histórico o científico, pues significa una realidad exterior al texto, susceptible, además de ser verificada, la escritura autobiográfica, es decir el discurso autobiográfico, es un texto predominantemente autorreferencial, cuyo referente, inexistente a priori, se crea en el propio proceso de escritura». Véase DEL PRADO DIEZMA, Javier; BRAVO CASTILLO, Juan; PICAZO, María Dolores. *Autobiografía y Modernidad literaria*. Universidad de Castilla-La Mancha, 1994, p. 217.

valecen sobre lo individual, aunque a la luz de su interpretación), *diarios* (reflejo de lo cotidiano, sin la perspectiva ni distanciamiento de los anteriores, es el día a día del autor), *epistolarios*, *autorretratos*, *crónicas*, *recuerdos*, etc. Un conjunto de fuentes de gran interés para una serie de ramas del conocimiento como la Literatura, la Historia, la Antropología, la Sociología y, como no, la Documentación.

1. LA BIOGRAFÍA EN EL MERCADO DE LA CULTURA

La realización de escritos autobiográficos y memorialísticos adquiere su sentido último en virtud de unos circuitos de producción y consumo que delimitan los equilibrios necesarios entre los mecanismos de la oferta y la demanda. La percepción del interés social por este tipo de obras se puede apreciar analizando la progresión de su publicación en el tiempo, así como las características que ésta reviste. Aunque no se pueda deducir matemáticamente que el número de obras publicadas sobre una circunstancia o materia constituye una evidencia de su consumo, si se puede considerar como indicador de unas tendencias del mercado. La lógica de la edición opera con criterios casi exclusivamente económicos, cuando nos referimos a la actividad de las editoriales privadas, por lo que la viabilidad de cualquier proyecto editorial pasa por una evaluación previa de sus posibilidades de absorción por el mercado. Y lo que dicen las cifras de publicación es bastante significativo. Si consultamos la *Panorámica de la Edición Española de Libros* observamos como la producción biográfica ha experimentado un crecimiento continuado situándose en medias próximas a las mil nuevas obras por año, lo que constituye una cifra nada desdeñable para un sector en cierto modo «especializado».

El sector de la edición biográfica, de las historias de vida en general, constituye uno de los más atractivos para la industria editorial, pues en él convergen los factores de espontaneidad y actualidad que permiten rentabilizar su producción. Una mirada a las particularidades de las obras publicadas informa acerca de este interesante aspecto, pues los fallecimientos, éxitos sociales, movimientos culturales, etc, representan el caldo nutritivo que alimenta la curiosidad del público lector y su voracidad consumidora³. Un somero análisis de los escritos biográficos que han recibido mayor atención de la industria editorial en los últimos años ilustra acer-

³ El fallecimiento de François Mitterrand ha motivado que 17 de las obras mas vendidas en el mercado editorial frances traten directa o indirectamente sobre su vida y obra, desde las confesiones de su mujer hasta las de su perra, al decir de los especialistas la mas fidedigna entre todas las publicadas.

ca de esta circunstancia. A través de la consideración exclusivamente cuantitativa de los datos se puede apreciar un fenómeno, por otra parte completamente lógico, como es que nombramientos, defunciones y acontecimientos sociales relevantes tienen su correlato biográfico casi inmediato.

Pero esto que es algo evidente adquiere en España una singularidad especial pues aunque en buena lógica el nivel de expectación generado por los distintos personajes debiera concitar un interés en consonancia con su relevancia social y no con su dedicación exclusivamente, comprobamos como son las personalidades vinculadas al ámbito religioso las que, con mucho, predominan entre los más biografiados o publicados. Personajes como Teresa de Jesús con 115 publicaciones referidas a ella, Juan Pablo I, Juan Pablo II, Ignacio de Loyola, etc. conforman un conjunto muy productivo en cuanto a la atención que despiertan. Una primera explicación nos aproximaría a las teorías de Braudel y sus consideraciones acerca de la historia de larga duración. La propensión a biografiar individuos de la órbita religiosa ni es exclusiva de nuestro país, ni es un fenómeno reciente. De hecho, como han destacado tratadistas como Fernández Sánchez, Louis Noelle Malclès, o Josefa Emilia Sabor⁴, los primeros intentos de crear repertorios bibliográficos revisten una dimensión biográfica predominante pues el acento se pone sobre la vida de los personajes y subsidiariamente sobre su obra. La intención ejemplificante de estas publicaciones constituye una constante en la historia de la cultura occidental, máxime en aquellos países donde el catolicismo estaba más implantado, tradición que es posible rastrear hoy día no sólo a través de obras eminentemente biográficas, como las arriba mencionadas, sino en opúsculos y publicaciones menores como los simples calendarios. Hay toda una tradición popular creadora de unos usos y costumbres fuertemente afianzados, de una cultura autóctona basada en estas obras. El excelente estudio de Carlo Ginzburg acerca de los procesos de formación de la cultura popular a través del expediente levantado contra Marco Menochio por formular una teoría de la creación diferente a la aceptada oficialmente, así lo atestigua. En el curso del proceso se puede observar como las fuentes en la que bebía el molinero Menochio tenían el carácter antes señalado⁵.

⁴ Véase FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, José. *Historia de la bibliografía en España*. Madrid, El Museo Universal, 1989; SABOR, Josefa Emilia. *Manual de Fuentes de Información*. Mexico, Kapeslutz, 1977; MALCLES, Louis Noelle. *Manuel de Bibliographie*. Paris, Presses Universitaires de France, 1985. En todos ellos es interesante analizar los capítulos acerca del origen de la bibliografía y de las biobibliografías.

⁵ Véase GINZBURG, Carlo. *El queso y los gusanos: el cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona, Muchnik, 1994.

Pero esta explicación de tipo histórico sólo justifica el interés suscitado por este tipo de obras entre el público lector, pero no la aplastante mayoría que ostentan respecto al resto de los escritos biográficos. Para entender esta circunstancia hay que conocer la importancia que el libro religioso tiene en nuestro país. Se puede decir que éste goza de una excelente salud en un estado que, aunque oficialmente ha dejado de ser católico, posee una población que mayoritariamente se confiesa de esta creencia. Así no es extraño que «*Cruzando el umbral de la esperanza*» de Juan Pablo II, lanzado en el mes de Octubre de 1994 por la Editorial Plaza y Janes, hubiera vendido para el mes de Enero 400.000 ejemplares, o que el *Nuevo Catecismo*, que fue publicado en Diciembre de 1992 por un consorcio de 23 editoriales religiosas de todo el país, haya conseguido más de medio millón de ventas en España y cerca de cinco millones en todo el mundo.

El universo textual biográfico es complejo y diverso y las obras que responden a esa tipificación representan una gran variedad de modelos que van desde las correspondencias personales, a los diarios, pasando por las biografías y autobiografías. Y cada uno de estos géneros obedecen a criterios, motivaciones y objetivos diferentes aunque, genéricamente, los podíamos considerar como historias de vida o, siguiendo la denominación de Ken Plummer, como documentos personales⁶: todos ellos remiten a una cultura del yo⁷ en la que se entrecruzan todo tipo de sentimientos y percepciones con una lógica introspectiva.

La singularidad temática no nos puede apartar del análisis de una serie de problemas que surgen cuando se abordan estos testimonios desde una perspectiva documental. Problemas que están vinculados, principalmente, a su visibilidad y a su verosimilitud, sin olvidar los topográficos y tipológicos que resultan de sus fronteras evanescentes y su ambiguo estatus clasificatorio.

2. VISIBILIDAD, RECONOCIMIENTO Y AUTORIDAD

Problemas de visibilidad en tanto que los escritos conocidos y publicados no son más que la punta del Iceberg de un universo documental

⁶ Véase PLUMMER, Ken. *Los documentos personales: introducción a los problemas y la bibliografía del método humanista*. Madrid, Siglo XXI, 1989.

⁷ Helena Béjar ha reflexionado sobre las implicaciones sociológicas de este movimiento, detectable en los últimos años, en el que la privacidad va adquiriendo una relevancia cada vez mayor. Véase BÉJAR, Helena. *La cultura del yo*. Madrid, Alianza, 1993.

sin duda mucho más rico y prolijo que el evidenciado por las fuentes arbitradas por la industria editorial. Pensamos que, sin forzar los límites conceptuales de la definiciones al uso, gran parte de las obras diarísticas y autobiográficas entran de lleno en el terreno de la Literatura Gris, en tanto que constituyen fuentes que, en su mayoría, se escamotean a los circuitos convencionales de publicación. En unas ocasiones por la voluntad deliberada de sus autores (es de todos conocido el caso de la obra de Kafka destinada al silencio si no es por la intervención de su amigo y albacea Max Brod, y cuyo diario representa uno de los ejemplos más lúcidos y emblemáticos del género), en otras por la inviabilidad de la empresa editorial cuando las motivaciones que subyacen en la elaboración del escrito carecen de esta finalidad publicística. En este último caso nos encontramos con numerosos ejemplos de archivos con nutrida abundancia de apuntes, cartas, relatos y, en general, todas una miscelánea de testimonios intra y extra personales cuyo estudio puede suministrar interesantes aportaciones para el conocimiento de la memoria colectiva. Pero esta presunción se apoya únicamente en la intuición del gran magma oculto que los descubrimientos esporádicos sugieren. Sin embargo y hasta que los archivos españoles no sean objeto de un minucioso proceso de inventariación, catalogación y descripción todo este potencial documental quedará al arbitrio de la casualidad o el azar en numerosas ocasiones intempestivo⁸. Lo habitual es que los escritos conocidos sean los publicados. Y la dinámica de los mismos obedece a instancias completamente diferentes pues es el carácter del personaje, habitualmente relevante en la esfera de lo público, el que ocasiona la publicación de la obra.

Problemas de verosimilitud igualmente. Y es que los escritos biográficos, considerados genéricamente, entrañan un obstáculo radical que es el de la verdad, la fidelidad a los hechos o sentimientos que se relatan, la coexistencia de dos ordenes que operan en universos simbólicos distintos y distantes, pero simultáneamente operativos.

Francisco Ayala quizá sea uno de los autores que ante el problema que plantea la rememoración mas acertadamente ha analizado la disyuntiva:

⁸ Una curiosa iniciativa cuyo objetivo es extraer estos escritos de su condición subterránea es la que promovida por L'Association pour l'Autobiographie et le patrimoine autobiographique. Fundada en 1992 tras un coloquio sobre los archivos autobiográficos que tuvo lugar en Nanterre, cuenta con unos 500 miembros repartidos por toda Europa. Sus fines son la recopilación de todo tipo de escritos de vida con el fin de conservarlos y ponerlos a disposición de sus miembros. Posee una publicación *La Faute de Rousseau*, donde se informa de las actividades desarrolladas y de los documentos recibidos.

«...el problema de toda biografía radica precisamente en esto: en la conexión entre los hechos externos, objetivamente comprobables, y el sentido íntimo individual, que aún para el propio sujeto que la vive está muy lejos de ser transparente. ¿puede estar en claro la vida de nadie, ni siquiera ante los ojos del poeta que, apelando a su memoria, se pone a evocar su pasado?»⁹.

Más recientemente Jesús Pardo abunda en lo mismo:

«cada cual construye su propio panorama de lo que su propio pasado le brinda a través de sus sentidos, y lo reinterpreta, reajusta y rematiza, levantándolo contra la corrosión del tiempo. Pero cada vez que lo hace le sale distinto, y varía también de un instante a otro»¹⁰.

El problema de la memoria con respecto al tiempo vivido, su carácter selectivo y sintético, sus modos de enfoque y distorsión, iluminando unas zonas y oscureciendo otras, deformando en definitiva, de acuerdo con la pretensión inconsciente de conferir a las experiencias pasadas una estructura acorde con el sentido profundo de la vida personal, tal y como se contempla desde la distancia, hacen de este expediente uno de los más frágiles y desazonantes a la hora de prestar atención a la narración biográfica. Por no hablar de las deformaciones deliberadas de acuerdo con la mirada con que se quiere aparecer ante los demás. Y es que el recuerdo no permanece invariable, cauterizado y estanco en su nicho, aséptico y descontaminado como un fósil, sino que sufre un proceso de reelaboración a lo largo de la vida que le va confiriendo nuevos matices, que lo va completando en un incesante proceso de formación a la vez que la vida hace al autor¹¹.

En el encuentro del autor consigo mismo, por medio de la memoria,

⁹ AYALA, Francisco. *Memorias y olvidos*. Madrid, Alianza, 1988, p. 22.

¹⁰ PARDO, Jesús. *Autoretrato sin retoques*. Barcelona, Anagrama, 1996, p. 233.

¹¹ Carlos Barral expresaba esta circunstancia de la siguiente manera: «los circuitos de la memoria se depositan durante bastante tiempo en el recuerdo a medias, en el recuerdo a medio hacer, con muchas carencias de matiz y pocos puntos de relación entre experiencias superpuestas y ligeramente diferentes. El recuerdo es rígido y tirante hasta que poco a poco se va haciendo mollar y manejable según avanza el pasado en la conciencia, como si humedeciera las memorias. Como envejece una soga. Debe ser así porque vivimos el presente como una hipótesis del pasado inmediato y no como una provocación del futuro que es lo que constantemente nos parece. Por eso somos confusos con respecto a nosotros mismos dentro de los límites de un pasado todavía corto o no suficientemente distanciado. Somos el sujeto escabullidizo de unas aventuras que nos parecen del todo ciertas salvo en la seguridad de haberlas vivido nosotros mismos, tal como somos al recordarlas. De lo que ocurrió mucho antes, por el contrario, sí que somos sujetos seguros y continuos. El sujeto remoto vivía realmente excavando el porvenir». BARRAL, Carlos. *Cuando las horas veloces*. Barcelona, Tusquets, 1988, p. 22.

recupera sus experiencias desde la perspectiva de cada presente, que se modifica a la vez, cuando deviene pretérito y es contemplado desde otro presente. Nos reinterpretemos a nosotros mismos bajo el prisma siempre cambiante del espacio y, sobre todo, del tiempo. La memoria va construyendo una sustancia que le es propia y que, en cierto modo, es distinta de los instantes de los que se nutre la vida consciente, constituyendo el contenido, la permanencia temporal, de una esencia, que pervive latente y fluye subterránea bajo la consciencia, presta a reaparecer al hilo de una llamada de los sentidos o de las emociones. Como señalaba Santayana¹² el fluir de los fenómenos es accidental y la realidad positiva en cada uno es, no el hecho de que aparezca o desaparezca, sino la calidad intrínseca que manifiesta una esencia eterna que puede aparecer o desaparecer mil veces.

La vocación biográfica es la expresión de la necesidad de colmar el tiempo como continuidad que informa el desarrollo de toda vida humana a través de una sucesión de momentos, discontinuidades que, exhaustivamente recogidos, completarían el devenir de una existencia. Como defiende García Calvo es preciso contraponer dos estados o maneras de memoria. Una, la que está figurada por los fragmentos de la vida perdidos por el espacio, pero visibles, es un tipo de memoria que se muestra claramente sometida a la discontinuidad, y por tanto al cómputo, del tiempo. A tal memoria fragmentaria contraponer el autor otra, similar a lo que Santayana calificaba como esencias, que no es ni fragmentaria ni visible, controlable, ni es por tanto pasado, sino que subyace persistente en el devenir de la existencia¹³.

Pero además hemos de tener en cuenta la diferencia existente entre la memoria y su representación a través de la palabra escrita. Si la memoria la hemos considerado como esencia, o materia prístina del recuerdo, la escritura no es más que la apariencia de representación del mismo. Si en la memoria radica lo vivido en la escritura figura sólo un recordatorio del mismo, una configuración cuyas mimbres reproducen esquemas reductivos y aleatorios del cultivo inicial. Escribir es ordenar y organizar, proporcionarle un esquema lógico a lo que se encadena de manera arbitraria¹⁴. Goytisolo habla de la urgencia de escribir para dar cuenta a los

¹² SANTAYANA, George. *Diálogos en el limbo*. Buenos Aires, Losada, 1960, p. 61.

¹³ GARCÍA CALVO, Agustín. *Contra el tiempo*. Zamora, Lucina, 1993, p. 39.

¹⁴ Gerald Brenan expresa esta presunción a través de la justificación de sus memorias. «Nunca he podido convencerme de que algo me ha sucedido de verdad hasta que lo he puesto por escrito, lo que, de ordinario, significa comunicarlo a alguien por carta. Porque escribir un suceso significa ordenarlo y organizarlo. El corresponsal o el autobiógrafo toma los caóticos materiales que encuentra en su memoria y los organiza, eliminando lo que es trivial y permitiendo así que resalte lo que es importante. Poner en orden mis pasadas experiencias ha sido el motivo principal que me ha impulsado a escribir este libro». BRENNAN, Gerald. *Memoria personal: 1920-1975*, 6ª ed. Madrid, Alianza, 1984, p. 12.

demás y a él mismo de lo que fue y es, así como de «precisar, corregir, completar la realidad elaborada en tus sucesivas ficciones»¹⁵

En una reciente obra planteaba Jorge Semprún el dilema que al escritor le suscita la escritura o la vida como si se tratara de una disyuntiva irreconciliable ante la cual no caben posturas intermedias. El vórtice de la existencia frente a la artificiosidad de la elaboración creativa que opera sobre ella por mediación del crisol de la memoria. La recuperación de los espacios en blanco, de que hablaba Preisburger, como reconstrucción de una arqueología de la vida en la que los estratos se suceden según unos ritmos contradictorios e ilógicos, muy distintos al programa ordenado al que incita la conjetura y el recuerdo, en íntima connivencia con el lector, como el curioso impertinente que comparte la convención del orden para aceptar un discurrir progresivo e irreversible.

El problema que se sugiere es el de la irreversibilidad de los hechos. Puesto que el espacio temporal a diferencia del espacial no puede recorrerse de derecha a izquierda, hemos de acudir a la memoria para tratar de reconstruir algo que en su totalidad se encuentra radicalmente perdido. Así cuando se intenta restablecer una secuencia histórica de hechos circunscritos a una persona, se inicia un proceso de esquematización que implica la adopción, tanto por parte del autor como del lector, de una doble convención, cuando no de una doble falacia, esto es que existe una continuidad en el yo reducible a sus aspectos más significativos, que existe una discontinuidad en el tiempo que posibilita, a través del encadenamiento de momentos relevantes, la continuidad rota por las limitaciones de la memoria. Por lo tanto el intento de reconstrucción pasa necesariamente por la descripción que, en los momentos de carencias factuales, ha de acudir a la ficción revestida de narración. En el nivel del creador interviene la insuperable paradoja de una deformación inevitable, en cuanto presencia mental de lo vivido, acompañada de la indeclinable distorsión, consciente o no, a la hora de trasladarla al papel. En el ámbito del lector incide otra fuerza básica que afecta al nivel de confianza que está dispuesto a depositar en una obra de estas características, lo que determinará la naturaleza de su lectura.

El fenómeno de la autocensura, en este sentido es muy fuerte entre los autores de escritos biográficos. El escritor vive ésta a través de una forma de conciencia esquizoide que presupone el desarrollo de una voluntad atrapada en la disyuntiva del discurso esperado y el discurso permitido produciéndose un desplazamiento en el que los puntos de referencia, el horizonte de fijación del escritor, sufre una traslación desde su

¹⁵ GOYISOLO, Juan. *Coto vedado*, 3ª ed. Barcelona, Seix Barral, 1985, p. 29.

objetivo natural, que es el público lector, tomado en su generalidad, como ente abstracto y simbólico, o encarnado en un grupo de interés particular, al referente obstrusivo y concluyente que constituye la figura de su propia conciencia y sus representaciones.

En cierto modo todo autor de escritos biográficos se plantea al lector como «enemigo» en el sentido de que se presenta ante una instancia que ha de juzgarle, ante la que de alguna manera se confiesa¹⁶, y al que exhorta a la comprensión, instituyendo una especie de complicidad que obviará las sospechas siempre fundadas de distorsiones voluntarias y omisiones calculadas¹⁷. Parfraseando a Sirinelli¹⁸ se podría decir que el escritor aunque razona de modo endógeno sabe que el ruido de sus pensamientos resuena poderosamente en el exterior.

Obra de ficción en cuanto creación que elabora un yo construido a posteriori en un ejercicio cronofánico y anacrónico, dado el desajuste de tiempos reales y vividos, el distanciamiento entre el narrador y el personaje, participa sin embargo de la condición de documento por mediación del pacto implícito que se instituye entre autor y lector, del pacto que Lejeune denomina como autobiográfico¹⁹, mediante el cual se le reconoce a esta transposición lingüística de la vida unas dosis de veracidad que fundamentan el acto de la interpretación en términos documentales. Así la autobiografía, escrito, se desliza, por la vía de la mediación del lector, en el plano de la representación documental. Participa pues de esos dos circuitos definidos por Estivals y Meyriat como antitéticos pero

¹⁶ Goytisolo así lo manifiesta: «Conciencia de la total inanidad de la empresa: amalgama de sus motivaciones e incapacidad de determinar con claridad su objetivo y presunto destinatario: sustituto laico del sacramento de la confesión?: necesidad inconsciente de autojustificarse: de dar testimonio que nadie te solicita?: testimonio de quién para quién?: para ti, los demás, tus amigos, los enemigos?: deseos de hacerte comprender mejor?: despertar sentimientos de afecto o piedad?: sentirse acompañado del futuro lector: luchar contra el olvido del tiempo?: puro y simple afán de autoexhibicionismo...» (*op. cit.*, p. 40).

Unamuno expresa un sentimiento similar: «He vivido en la necia vanidad de darme en espectáculo, de presentar al mundo mi espíritu como un ejemplar digno de ser conocido...Pero ha habido un pudor que me ha salvado. Esa oculta delectación en mí mismo, ese ensimismarme no lo he mostrado al exterior. Tenía la conciencia de su maldad, de que es un vicio feo y una fuente de pecados y lo he guardado». UNAMUNO, Miguel de. *Diario íntimo*, 4ª ed. Madrid, Alianza, 1978, p. 143.

¹⁷ «¡Perdon, querido lector!, Perdón, porque empiezo hablando de mí mismo y retratándome». BAROJA, Ricardo. *Gente del 98; Arte, Cine y Ametralladora*. Madrid, Cátedra, 1989, p. 49.

¹⁸ SIRINELLI, F.F. «L'intellectuel entre sociologie et histoire». *Le Debat*, 1994, nº 79, p. 54.

¹⁹ LEJEUNE, Philippe. *El pacto autobiográfico y otros escritos*. Madrid, Megazul-Endymion. 1994.

que aquí se yuxtaponen en una suerte de hipóstasis investida de la doble condición de lo ficticio y lo real. Si la función del receptor es determinante en la configuración de un documento como tal, en el proceso biográfico no se comprende su naturaleza sin recurrir a la figura del lector implícito ante el cual se levanta el almacén de una historia cuya virtualidad dependerá en todo momento de su aquiescencia previa. Pero esto, que numerosos tratadistas consideran como un hallazgo, y que Lejeune ha instituido como característica irrenunciable, no deja de constituir una mera formalidad asociada a cualquier acto de la vida, y de ningún modo exclusiva de estos escritos, en los que lector oficia como una especie de notario de la realidad.

Para el caso de la autobiografía, uno de los tipos por excelencia de los escritos biográficos que, por concitar en él gran parte del problema que rodea a éstos tomados como ejemplo, Lejeune aporta una de las definiciones más precisas o normativas:

«Relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular en la historia de su personalidad»²⁰.

Una autobiografía ha de cumplir por lo tanto una serie de condiciones que le son exclusivas y que no cumplen, por ejemplo, otros géneros biográficos como memorias, biografías, diarios íntimos, o autorretratos. Tales condiciones afectan a la forma del lenguaje (narración, en prosa); al tema tratado (vida individual, historia de una personalidad); a la situación del autor (identidad del autor, cuyo nombre remite a una persona real, y del narrador; posición del narrador (identidad de éste y del personaje principal, perspectiva retrospectiva de la narración). Con ser importante esta aportación de Lejeune, tomada como referente por todos los tratadistas de éste género, quizá su formulación más original es la que afecta a lo que este autor denomina como «pacto autobiográfico» que, según Villanueva²¹, supone la confirmación en y por el texto de la identidad real del autor que es a la vez narrador y protagonista. Para Lejeune el auténtico centro de referencia de la autobiografía concierne no al nivel del enunciado sino de la enunciación, en el cual, según Eakin, la identidad del autor, del narrador y del protagonista es postulada textualmen-

²⁰ Ibidem, p. 50.

²¹ VILLANUEVA, Darío. *Realidad y ficción: la paradoja de la autobiografía*. En ROMERA, José et al. (ed.). *Escritura autobiográfica*. Actas del II seminario internacional del instituto de semiótica literaria y teatral (Madrid, UNED, 1-3 julio, 1992). Madrid, Visor, 1993, p. 19.

te y es captada por el lector²². Así pues el protagonista, el que otorga patente de verdad al acto autobiográfico, mediante la confirmación de la identidad antedicha, es el lector.

En última instancia, y asumiendo la concepción de pacto autobiográfico que propone Lejeune, la identificación estratificada en las tres instancias mencionadas no reviste importancia hasta que un lector la sanciona y la aprueba como tal, hasta que, en palabras de Loureiro, no se establece una suerte de contrato de lectura entre autor y lector²³.

En cierto modo esta circunstancia nos recuerda a la teoría del acto documental desarrollada por Meyriat, según la cual únicamente existe éste cuando un receptor lee un escrito otorgándole con su acción su carácter de documento, incompleto, latente hasta entonces. Extrapolando esta noción al género autobiográfico podíamos decir que sólo existen autobiografía cuando se publica y llega efectivamente a un lector cualquiera. De donde se concluye que una autobiografía inédita no es más que un discurso fantasma, falto de su realización última. La definición de Lejeune carece pues de un rasgo esencial, imprescindible para guardar la coherencia o la ligazón con sus escritos posteriores: la necesidad de publicidad. No basta con que una obra esté editada, lo cual únicamente la faculta para circular con mayor facilidad, es necesario que sea recibida y explorada por un público. La noción de público implica otras referentes sin las cuales este mecanismo sancionador carecería de validez. Se trata de un concepto dinámico que se modifica con el tiempo al igual que lo hacen las instancias que se le someten a la lectura y la escucha. La aceptación de este principio conduce inevitablemente a la relativización del principio de identificación, alterado cuando los valores sociales dominantes se modifiquen.

Proteiforme, inasible y sin embargo siempre parecida a sí misma, como la califica May²⁴, la autobiografía implica un «YO» en el que participan tanto autor como lector, en tanto que creadores del mismo²⁵. Esto es cierto e incuestionable, pero ¿no comparten esta condición la totalidad de los documentos existentes? ¿Que distingue la confianza depositada en el autor de un escrito autobiográfico de la otorgada al de un texto científico que

²² EAKIN, Paul John. «Introducción». En: LEJEUNE, Philippe. *El pacto autobiográfico y otros escritos*. Madrid, Megazul-Endymion. 1994, p. 14.

²³ LOUREIRO, Ángel G. «Direcciones de la autobiografía». En ROMERA, José et al. (ed.). *Escritura autobiográfica*. Actas del II seminario internacional del instituto de semiótica literaria y teatral (Madrid, UNED, 1-3 julio, 1992). Madrid, Visor, 1993, p. 35.

²⁴ MAY, Georges. *La autobiografía*. Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 256.

²⁵ Véase LOUREIRO, Ángel G. *Problemas teóricos de la autobiografía*. En: *La autobiografía y sus problemas teóricos*. ANTHROPOS: revista de documentación científica de la cultura. Suplementos, 29 (1991), pp. 2-8.

cita unas fuentes que, por inverificables, damos como válidas? Que sentido tiene la comunicación científica y literaria si no es el otorgado a priori por un lector que se entrega sin reparos al desarrollo de un discurso, conducido por su coherencia interna?. Se podría argüir que en éste último caso la dimensión real de los contenidos se presupone dado su carácter científico y la presumible ausencia de mala fe en sus autores que, de cualquier modo, siempre se podrá descubrir al reproducir la experiencia en condiciones similares (algo muy distinto del ejercicio desarrollado sobre la reproducción de experiencias que, por su carácter histórico, son irrepetibles). Sin embargo la confianza previa es idéntica y la posición del receptor es la de la identificación con un verdad revelada aunque, y aquí es donde apreciamos la diferencia fundamental, en tiempos diferentes. En el caso de la autobiografía este fenómeno, como en el caso de las proyecciones cinematográficas o en la ficción escrita, se produce en el tiempo real compartido y simultáneo en que opera la visión o la lectura. En el caso de la comunicación científica la identificación existe inferida y con posibilidades de desplazarse indefinidamente en el tiempo hasta que el principio de refutación no la invalide. Por lo tanto el pacto pensamos que no constituye una condición del género, sino mas bien una característica, imputable igualmente a otras producciones escritas.

Quizá más importante que el argumento del «Pacto» sea el de la «Autoridad». La mayoría de los escritos biográficos están realizados por intelectuales identificados y reconocidos, imbuidos de un componente que impregna poderosamente a todos los sectores sociales y que se erige en factor de confianza básica en la transmisión social del conocimiento: este es la Autoridad. La actual división del trabajo intelectual, y sobre todo sus derivaciones mediáticas, via prensa, radio y televisión, parece exigir que una persona acepte las percepciones, el razonamiento y las recomendaciones de otra simplemente sobre la base de su posición, en nuestro caso de la representatividad cognitiva que se le presupone. A medida que la sociedad se hace más compleja, más especializada y diferenciada, mayor es también la distancia que separa el ser social de la conciencia social. A través del intelectual los colectivos se exploran, se analizan, se descubren, de tal forma que éste contribuye a la autotransparencia ajena, al tiempo que busca aprecio y estatus propio. Pero este papel emergente del intelectual sólo se puede desarrollar a cambio de una fuerte transferencia de reconocimiento sobre su autoridad. Proceso que se ha ido incrementando con el paso del tiempo, a medida que el conocimiento y la información disponible han desbordado las capacidades de control de la sociedad en general y de los individuos en particular. De tal manera que, dada la dificultad de estos para penetrar en los fundamentos de

un entorno personal y colectivo cada vez mas complejo, delegan su interpretación en los expertos, produciéndose un automatismo en la aceptación confiada de cualquier manifestación que provenga de ellos. Esta prerrogativa de credibilidad a priori, que es la sustancia de la autoridad, se extiende por simpatía a todo aquel que haya adquirido cierta relevancia, máxime si ésta aparece subrayada en el universo mediático.

El principio de autoridad sería de todas formas poco eficaz si no se viera reforzado el sujeto enunciador por un medio cuyo prestigio está profundamente arraigado en la estructura interna del subsciente colectivo. La fascinación por la palabra impresa opera como una instancia de persuasión formal, de la misma naturaleza que la que subyace en el resto de los medios de comunicación. El hecho de ser publicado constituye un a-priori argumental que desarma prevenciones desconfiadas, como las que puede suscitar la interlocución, y predispone a esa confianza delegada por la autoridad.

El problema de la autoridad está muy relacionado con el del reconocimiento porque el autor que escribe amparado en aquella, que le proporciona credibilidad, persigue, en su inmensa mayoría éste. En las numerosas obras clásicas dedicadas al examen de los comportamientos y actitudes de los científicos, se admite como un axioma que la comunicación de los resultados de la investigación, o las propuestas y formulaciones varias para iniciar un proyecto, no responden unívocamente al carácter altruista y desinteresado del científico, que movido por un prurito comunicativo acendrado pone a disposición de la comunidad el fruto de su trabajo. También es eso pero, como Merton ha demostrado, el «reconocimiento» por sus pares, la aceptación de la prioridad en un descubrimiento, que desde el momento de comunicarse adquiere, como diría Ziman, carácter de conocimiento público²⁶, es una de las corrientes mas poderosas que invisten al colectivo investigador. Es más, el imperativo de comunicación de los hallazgos es una de las exigencias que la ciencia como estructura institucional impone a sus miembros:

«La presión de los resultados es reforzada por el objetivo institucional de ampliar las fronteras del conocimiento y por el incentivo del reconocimiento, que depende, claro está, de la publicación»²⁷.

²⁶ Ziman ha dedicado numerosos trabajos al estudio de la ciencia como conocimiento público. Uno de los mas clarividentes por su caracter anticipatorio con respecto a estudios posteriores es: ZIMAN, John M. *El conocimiento público*. Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1972.

²⁷ MERTÓN, Robert K. *Los imperativos institucionales de la Ciencia*. En BARNES, Barry et al. *Estudios sobre sociología de la ciencia*. Madrid, Alianza, 1972, p. 73.

Reconocimiento que además, como igualmente ha demostrado Merton, tiene tendencia a autorreforzarse, al igual que su carencia, como consecuencia de lo que este autor conceptúa como «efecto Mateo»²⁸, de manera que los vectores curriculares, en términos de éxito o fracaso, pueden asemejarse a curvas logísticas más que a rectas. Esta pretensión recorre un camino similar al de la creación en general, en la medida en que los primeros escritos científicos carecían de autor, en la presunción de que su carácter colectivo les otorgaba una mayor verosimilitud e independencia. Es en los albores del siglo XVIII, y sobre todo en el XIX, cuando el autor aparece con toda su pujanza y su visibilidad comienza a constituir uno de sus principales esfuerzos²⁹.

La obtención de reconocimiento creemos que está igualmente en el transcurso de la escritura autorreflexiva, tanto de la generada por escritores literarios en sentido estricto, a los que convencionalmente se asocia éste género, como todo un elenco de personajes que hacen de su vida el objeto de su pluma. Comentaba Stendhal que para escribir una novela no hacía falta más que colocar un espejo sobre la sociedad y transcribir sus imágenes. En el caso de la escritura biográfica y asimilada el espejo se coloca sobre la conciencia o, más exactamente sobre la memoria. A esta metáfora no es ajena el hito de constitución de la personalidad que, en palabras de Lacan, constituye el reconocimiento de la propia imagen, frente al cristal, donde uno se busca a sí mismo y, simultáneamente a un nuevo doble capaz de narcotizarlo.

Efectivamente asistimos a procesos de indagación, de introspección minuciosa, pero también de elaboración y recreación en función de juicios y prejuicios con sentido catártico. Los escritores habitualmente afirman que todo escrito encierra un carácter autobiográfico, que podíamos encontrar en ellos una suerte de Currículum Oculto, pero pensamos que el recurso a la autobiografía es una muestra contundente de la inseguridad que tal afirmación genera. Pero también de la necesidad de develar toda la parte que el negativo del resto de la obra no manifestaba abiertamente. El escritor, el autor, el intelectual en general posee una vocación de transparencia, en unos casos narcisista en otros exculpatoria, en la mayoría de ellos antropofágica y ritual.

²⁸ Sobre este interesante tema puede consultarse: MERTON, Robert K. *La sociología de la ciencia: investigaciones teóricas y empíricas*. Madrid, Alianza, 1977. Principalmente el artículo: «El efecto Mateo en la Ciencia». Vol. 2, pp. 554-578.

²⁹ Véase: MULLINS, N; SNIZEK, W; OEHLER, K. *The structural analysis of a scientific paper*. En: VANRAAN, A.F.J. *Handbook of quantitative studies of science and technology*. Amsterdam, Elsevier, 1988, pp. 81-105.

Reconocimiento y notoriedad como elemento articulador del discurso y de la motivación para su factura. Evitable en el caso de personajes como Baroja o Rubén Darío, imprescindible en el de grises estadistas, oscuros artistas, desconocidos escritores que ofertan al mercado de lo imaginario social lo que con sus obras fueron incapaces de despertar, buscando un lugar al sol³⁰. Claro está que esto sólo es aplicable a la autobiografía y a las memorias³¹, pues cuando nos enfrentamos al problema de los diarios y la correspondencia, hay que descartar en principio la intencionalidad publicística del autor. Ello sin descartar los casos en los que la intimidad del diario o la privacidad de la misiva no son mas que la banderola formal tras la que se esconde una cuidada voluntad de estilo, expresiva de otra finalidad muy distinta. Muñoz Molina comentaba, refiriéndose a la existencia de numerosos diarios y borradores realizados con apariencia inequívoca de haber sido escritos para la futura lectura de un biógrafo, el caso de un poeta sumamente considerado con sus estudiosos que pasaba a limpio hasta los tachones. Unamuno lo pone claramente de manifiesto cuando afirma

«Y que de formas no ha revestido esa pueril yoización! ¿Acaso mientras he escrito ciertas cartas no ha pasado por mi mente la idea de que el destinatario la (sic) guardara? ¿No he soñado acaso en momentos de abandono en que muerto yo se coleccionaran aquellas y se publicara mi correspondencia? ¡Triste vicio de los literatos! ¡Funesta vanidad que sacrifica el

³⁰ En 1989 se convocó, en una ciudad Noruega, un concurso de autobiografías titulado «escribir su vida». La participación fue de 630 personas. Entre las bases del concurso se planteaba la posibilidad de publicación, lo cual contribuyó al éxito de participación. Aunque, como comentan los autores del artículo una de las motivaciones mas fuertes la constituyó la posibilidad de ser leído por alguien. Véase GULLESTAD, Marianne. *Invitation a l'autobiographie: l'intimité dans l'anonymat*. En CHAUDRON, Martine; SINGLY, François de. *Identité, Lecture, Ecriture*. Paris, Centre Georges Pompidou, 1993, pp.171-185.

³¹ Ambos géneros presentan diferencias considerables desde el punto de vista de su gestación y estudio, pues si las primeras pretenden dar fe de la vida de una persona, las segundas se centran sobre los acontecimientos significativos que caracterizan a una época, la vivida por el memorialista, quedando a veces este relegado, como intelecto, a un lugar secundario. Corpus Barga efectúa una acertada definición de ambas: «Las memorias me parece que no deben tener mas dimensiones que las del papel en que se estampan, han de ser -para ser algo- una vida estampada; si fuera posible, de una vez. Vida pero no auto-vida. Las memorias vienen a ser lo contrario de la autobiografía. En la autobiografía todo se reduce a uno; en las memorias, la autobiografía no es solamente de uno, ni siquiera de uno y de todo lo demas; sino de uno en todo lo demas. El quid de las memorias se esconde en este «en», en como funcione o viva la articulación del hombre y lo que sucede (me permito llamar la atención del lector sobre que no he escrito: lo que le sucede, lo he escrito «le»». CORPUS BARGA. *Los pasos contados I: Una vida Española a caballo en dos siglos (1887-1957)*. Barcelona, Bruguera, 1985, p. 7-8.

alma al nombre !En ninguna parte como entre literatos son fatales las consecuencias del amor propio enfermizo, con su cortejo de envidias soberbias, orgullos e hipocondrías. ¡Escribir cartas para la posteridad!³²

3. ESCRITOS BIOGRÁFICOS Y FUENTES DE INFORMACIÓN

Otro problema que se inscribe en un orden teórico diferente es la forma en que la información biográfica esta representa por las fuentes encargadas de registrarla.

Curiosamente en el terreno de las fuentes de información biográfica la documentación ha recorrido un camino diferente, o inverso, del efectuado en otros contextos como el de los libros o las publicaciones periódicas. En el caso de estos últimos fue la explosión generada por la aparición de la imprenta, principalmente, lo que motivó la elaboración de instrumentos que informaran acerca de los libros, primeramente, y de las publicaciones periódicas después, mediante la confección de un elenco de obras que fue diversificándose a medida que la cobertura informativa requerida y las necesidades generadas lo fue haciendo. Sin embargo en el caso de la fuentes de información biográfica nos encontramos con que lo que presumiríamos constituiría su materia prima, esto es diarios, autobiografías, confesiones, etc, supone un fruto bastante mas tardío que el resto de los productos documentales arriba mencionados, constituyendo el hito fundador las confesiones de Rousseau y Goethe en el siglo XVIII, cuando la propia identidad adquiere una importancia no sólo venerativa sino responsable.

Sin embargo las biobibliografías y otros productos similares son bastante mas antiguos, al igual que las biografías donde el acento aparece puesto desde el exterior a través de la mirada de otro sobre alguien. No hay mas que recordar la ingente obra de Plutarco con sus *Vidas Paralelas*, o las de Plinio y gran parte de historiadores posteriores. Pero, repetimos, se trata de miradas indirectas, en las que el individuo es adoptado como objeto de estudio sin que su voluntad juegue un papel determinante. Pero el vuelco hacía el «en sí» sólo puede producirse cuando la dimensión emergente de la persona despegue definitivamente, constituyéndose en el centro del pensamiento, cuando el desarrollo y logros científicos determinen una seguridad y une entropía autoafirmativa irrenunciable. Y esto sólo lo percibiremos a partir del renacimiento y más acusadamente de la ilustración cuando la confianza en el progreso, en la fuerza gene-

³² *Diario íntimo*, op. cit., p. 144.

matriz de las realizaciones humanas es más potente. No es extraño que a partir de entonces, y en un género no del todo extraño a la escritura, aparezcan los primeros autorretratos pictóricos.³³

Además este proceso creciente de confianza y consolidación individual se verá apoyado por un movimiento hacia el ensimismamiento detectable no sólo en el terreno de la escritura sino del arte en general³⁴. La literatura de lo único y personal prevalecerá con absoluto dominio en el siglo XX, frente a los grandes frescos sociales dibujados por Balzac, Dickens o Galdós, el artista del siglo XX se ve impotente para entregarse a la imaginación creadora, obsesionado por su propio yo, monologando eternamente, como señala Sábato, en un mundo de fantasmas. Unamuno renuncia a la confección de novelas en beneficio de las novelas, en las que el autor forma parte constitutiva e indisoluble de las mismas. Como el propio autor destaca en alguno de sus prólogos, alguna de ellas no son diálogos sino monodialogos, secuencias en las que el artista se despliega como en un juego de espejos enfrentados. Faulkner titula a unas de sus novelas: mientras agonizo, en general toda la gran literatura que funda la modernidad: Proust, Joyce, Woolf, es un tremendo ejercicio de solipsismo.

El Psicoanálisis representará el gran hito que fundamenta esta suerte de recorrido confiriéndole una entidad científica al análisis interior. El análisis freudiano lo que hace no es otra cosa que desvelar una vida en imágenes despertando los mecanismos dormidos de la memoria. Como señala Hatman³⁵ Freud encuentra una forma original y extraña de escribir una Confesión, es decir una autobiografía que deja al desnudo desde deseos sexuales, hasta emociones infantiles o conflictos sociales. Un procedimiento y un método.

La preocupación biográfica no aparecería hasta que la pregunta ¿que he hecho? que es el acto fundador de la confesión, de raigambre profundamente religiosa y que muchos autores perciben como el antece-

³³ Y no sólo en los autorretratos sino la inclusión del pintor en el cuadro como fruto de lo que Lamo de Espinosa califica como la inversión del sujeto y del objeto «el giro reflexivo tan propio de la postmodernidad». LAMO DE ESPINOSA, Emilio. *Sociedades de Cultura, Sociedades de Ciencia: ensayos sobre la condición moderna*. Oviedo, Nobel, 1996, p. 55.

³⁴ Puede verse sobre este proceso la interesante obra: RUBERT DE VENTOS, Xavier. *El arte ensimismado*. Barcelona, Península, 1977. En este estudio el autor describe el camino que recorren prácticamente todas las artes contemporáneas, pintura, arquitectura, música, cine, etc. desde una consideración del espacio externo de signo realista hasta concepciones interiorista que se vuelven sobre si mismas.

³⁵ HATMAN, Geoffrey H. *Lectura y creación*. Introducción y traducción de Xurxo Leboeiro Amaro. Madrid, Tecnos, 1992, p. 198.

dente inmediato de los escritos autobiográficos³⁶, se pasa a la cuestión de ¿quién soy yo?, a la que habría que añadir, en palabras de Nora Catelli³⁷, otra igualmente determinante: ¿cómo me estoy representando? En las Notas sobre el subterráneo, de Dostoievsky, uno de los personajes dice: «¿De qué puede hablar con el máximo placer un hombre honrado?: de sí mismo».

De cualquier modo el hecho cierto e incontrovertible es el de la disfunción entre la curiosidad, el interés por el conocimiento de las vidas ajenas, más o menos relevantes, más o menos edificantes, de las cuales dan cuenta la biografías y biobibliografías de pronta aparición, y la aparición de obras de carácter introspectivo que aparecen mucho más tardíamente, coadyuvadas por procesos constitutivos y consolidantes de la personalidad. Este distinto recorrido nos mueve a replantear la funcionalidad y concepción de las fuentes de información biográfica. Estas parecen haber seguido de manera invariable el camino instituido por la tradición, de tal modo que, aunque en el plano técnico han experimentado considerables mejoras desde su generalización en el siglo XV, incrementando su legibilidad y dispositivos de acceso a su contenido, sin embargo en el terreno conceptual siguen ancladas en formalismos instrumentales escasamente operativos. Gloria Carrizo habla de repertorios biográficos como: «aquellas obras que proporcionan información sobre todo tipo de personalidades, con referencia a su vida, actividad que desarrollan y el lugar o el tiempo en que la ejercen»³⁸, efectuando una clasificación que, en términos generales, obedece a los principios establecidos por Beaudiquez. Esta autora caracteriza a los diccionarios biográficos como aquellos que recogen nombres de personas en un orden alfabético, sin más aclaraciones sobre las mismas que la de sus posibilidades clasificatorias según sean nacionales, internacionales, generales, especializados, corrientes o retrospectivos³⁹. Se trata de una postura que participa del pragmatismo propio de las corrientes anglosajonas cuando tratan las fuentes de información, en las que los matices parecen quedar excluidos de sus desarrollos. Igualmente interesantes son las formulaciones realizadas por Martín Vega⁴⁰

³⁶ Véase al respecto MAY, Georges. *La autobiografía*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982. Este autor señala por ejemplo como la práctica del examen de conciencia y el criterio pietista están en el transfondo de una gran parte de escritos autobiográficos.

³⁷ Véase CATELLI, Nora. *El espacio autobiográfico*. Barcelona, Lumen, 1991, p. 85.

³⁸ CARRIZO, Gloria; IRURETA-GOYENA, Pilar; LÓPEZ DE QUINTANA, Eugenio. *Manual de fuentes de información*. Madrid, CEGAL, 1994, p. 195.

³⁹ BEAUDIQUEZ, Marcelle. *Guide de bibliographie générale: méthodologie et pratique*. Paris, K.G. Saur, 1989, p. 88.

⁴⁰ MARTÍN VEGA, Arturo. *Las fuentes de información biográfica*. Revista Española de Información Científica. 1994, vol. 17, n.º 2, pp.174-195.

quien al discriminar por tipos de fuentes, primarias, secundarias y terciarias, distingue la materia prima de la información biográfica, el escrito original, de las fuentes encargadas de recensarlo y dejar constatación del mismo.

El problema surge cuando valoramos la concepción de lo propiamente biográfico y observamos su concreción en los instrumentos encargados de reflejarlo. La falsa correlación existente entre documentos primarios y secundarios levanta un obstáculo insalvable en la construcción de instrumentos que sirvan auténticamente para la indagación biográfica. Cuando analizamos diccionarios biográficos, *who is who?*, índices biográficos, etc. nos viene a la memoria la boutade alusiva a la existencia de personas con pasado y a las que se conforman con tener únicamente Currículum.

En las fuentes primarias, tal y como las detalla Martín Vega (autobiografías, biografías, correspondencia, diarios, memorias), encontramos el núcleo de lo que verdaderamente podemos aceptar como información biográfica, pues con todos los reparos que nuestras consideraciones previas puedan oponer a la veracidad y fidelidad factual de lo que relatan, en ellas aparecen la descripción vital que es connatural al término. No ocurre lo mismo con las fuentes secundarias y terciarias que, paradójicamente, entrañan una contradicción implícita desde el punto de vista documental, pues si admitimos como válida la teoría que las define como el fruto del análisis y transformación de las primarias, comprobamos que esta transposición es inexistente, ya que los datos que recogen beben en otros abrevaderos, habitualmente los esquemáticos y reductivos test o las encuestas, cuando de personajes vivos se trata. En éstos los aspectos recogidos se reducen al nombre, lugar de nacimiento, dirección, breve currículum profesional y en ocasiones bibliografía mas relevante. No dudamos de la importancia del decurso laboral de una persona pero éste rara vez es correlato de su experiencia vital.

El género de las fuentes de información biográfica se ha de plantear la disyuntiva de registrar únicamente hechos constatables de manera aséptica y objetiva, como los proporcionados en un cuestionario, o asumir el riesgo de la subjetividad procediendo a un análisis de los proceso emocionales y racionales del biografiado.

Esto no quiere decir que estemos planteando la desaparición de los tipos documentales existentes. Al contrario pensamos que revisten una gran utilidad como fuentes de información factual, rápida y eficaz, respondiendo además a una larga tradición, definitivamente asentada en nuestros días. Sin embargo la cobertura de las mismas no afecta mas que a los aspectos epidérmicos o externos de la personalidad en los cuales la

imbricación biográfica es ínfima por no decir inexistente. Si la dinámica de la historia documental demuestra como los circuitos de la producción y el consumo intelectual va acompañado de movimientos paralelos en el orden documental que, gracias a la intermediación, facilita estos procesos, se hace perentorio la elaboración de instrumentos auténticamente biográficos surgidos del análisis de ese venero que constituye toda la literatura del yo. Sólo de esta manera la investigación biográfica y subsidiariamente, la literaria, histórica y sociológica podrán desarrollar una tarea hasta ahora aplazada, dotándose de auténticas fuentes para estudiar una parte importante de los circuitos del conocimiento desde dentro.